

DE BUENAS LETRAS

¿Libertad de prensa? ¿Para qué?

MIGUEL ARNAS CORONADO De la Academia de Buenas Letras de Granada

Chateaubriand la reivindicó en sus 'Memorias de ultratumba', a pesar de su propio conservadurismo, recriminándole al emperador Napoleón su veto. Lo mismo ocurrió con madame de Stäel, contra quien el corso arremetió por su lengua agudísima contra él. Todos los grandes tiranos han tratado como fuese de anularla, y a veces los medios han sido harto violentos. Nuestro dictador, en apariencia tan lejano, redujo todo a un solo ámbito: sus periódicos, sus radios y, luego, su televisión. La ventaja, digámoslo así, es que es característica de algunos españoles cansarse, de modo que finalmente, tanto a la censura previa como a la siguiente censura fraguista 'a posteriori', se le escaparon las mejores. Aunque siempre nos quedaban los panfletos impresos con un ciclostil, si procedían de partido o sindicato potente,

o de una vietnamita si la organización era más pobretona.

Hoy existe la libertad de prensa en la mayoría de países civilizados, y en todos los democráticos. El poder, a veces, intenta, sin éxito, atemorizarla, templarla, desprestigiarla. El Washington Post desveló el 'caso Watergate'. No digo nada de la labor encomiable de algunos periódicos nuestros, e incluso televisiones o radios, para airear trapitos sucios, aunque muchos de ellos hablan de unos y se callan de los otros, ven justificable o disimulable el error de estos para denunciar los de aquellos. Esa actitud, a veces partidista, de ciertos medios de comunicación, se ha contagiado a algunas personas, que pueden considerarse, incluso, una inmensa mayoría. ¿O ha sido al revés, y la actitud partidista de la gente ha contagiado a determinados medios? Lo cierto

es que hoy, después de tantas luchas sufridas para conseguir la libertad de prensa, esta apenas sirve para nada, pues quien es de un lado solo lee, ve o escucha los medios de ese partido o idea política, y viceversa. Esa libertad, que debería servir para que el ciudadano escuche a uno y otro bando, sopesa, valore y decida, queda desvirtuada por esta actitud tan nuestra de tener ya decidido el veredicto y solo hacer caso de quienes nos lo confirman de forma tendenciosa.

Con esta actitud, tan generalizada por desgracia, ponemos en peligro la democracia. No serán, a la postre, ciertos partidos escasamente democráticos quienes la dinamiten, sino nosotros mismos por pereza mental. Ya aseguro que quien no duda es tonto, y me ratifico: la manera más eficaz de no dudar es escuchar solo a quienes nos revalidan.